A su amigo Manuel Suárez García

Eusebio

LOS BÁRBAROS DEL NORTE

Esta obra es propiedad de sus autores y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los representantes de D. Sinesio Delgado y de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación, y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Los Bárbaros del Norte

ZARZUELA FANTÁSTICA

EN UN ACTO DIVIDIDO EN OCHO CUADROS, EN PROSA Y VERSO

ORIGINAL DE

SINESIO DELGADO

MÚSICA DE LOS MAESTROS

CHAPÍ y VALVERDE (padre é hijo)

Representada
por primera vez en el Teatro de Apolo el día 28 de Diciembre de 1906.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
REPORRAS

N.º de la procedencia
4139

MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo.
1907

REPARTO [1]

PERSONAJES	ACTORES
Galsuinda	D.ª Joaquina Pino.
Osmunda	» Isabel Brú.
Lorenza	» Pilar Vidal.
Matildita	» Felisa Torres.
Agsberda	» Rosario Soler.
Josefina	» Adelina Amorós.
Hilberta	» Elisa Moreu.
Ervigio	» María Palou.
Manolito	» Paz Garrido.
Feliciano	D. Emilio Carreras.
Lucas	» José Mesejo.
Pinilla	» Pedro Ruiz de Arana.
Luis	» Luis Manzano.
Egil	» Vicente Carrión.
Ramiro	» Miguel Mihura.
Un juglar	» José Ontiveros.
Arnoldo	» Vicente García Valero.
Un comisario	» Diego Gordillo.
Un guardia	» Antonio P. Soriano.
Un arquero	» Manuel Rodríguez.
Un centinela	» Manuel Sánchez.
Un mozo de cuerda	» Antonio González.

Pajes, doncellas, escuderos y soldados visigodos. Cautivos, nobles, damas y guerreros normandos.

DERECHA É IZQUIERDA LAS DEL ACTOR

(1) Véase las advertencias importantes al final.

LIBRARY UNIV. OF
NORTH CAROLINA

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Estudio de un pintor. En las paredes, cuadros, bocetos, armas, tapices, etc. En la sala, divanes, sillas volantes, dos ó tres caballetes de distintos tamaños y una estufa. Puerta grande primer término izquierda. Otra más chica segundo derecha.

ESCENA PRIMERA

JOSEFINA, en traje de vestal y postura académica, figura avivar el fuego que arde en un cacharro artístico. Está colocada á la derecha. PINILLA, sentado frente á ella, á bastante distancia, pinta en un lienzo sobre un caballete, de modo que el público no vea el dibujo. LUISITO, en un diván más á la derecha, cerca de una mesita baja, fuma y lee un periódico. A poco de alzarse el telón empieza el diálogo.

PINILLA. ¿Qué tal hace desde ahí esto, Luis?
LUIS. (Dejando de leer.) ¿Cuál?
PINILLA. El efecto de luz sobre la mano.
LUIS. ¡Ah! Maravilloso.
PINILLA. ¿No resultarán demasiado rojos los dedos?
LUIS. Desde aquí no. La impresión es exacta.
PINILLA. Puedes descansar un poco, Josefina.
JOSEFINA. (Abandonando la postura y acercándose á ellos.) ¡Ay,

722719

hijo, gracias á Dios! Está visto que no he nacido para vestal. Me canso en seguida.

PINILLA. ¿Quieres un cigarrillo?

JOSEFINA. ¿Es turco? Venga. Déme usté la cerilla, Luisito. No lo ha de poner todo el maestro. (Se sienta sobre la mesita.)

LUIS. Cuando me digas á qué baile piensas ir esta noche.

Josefina.

JOSEFINA. ¿Yo? A ninguno. Me aburren los bailes de máscaras.

LUIS. Porque te empeñas en no venir conmigo.

PINILLA. (Dando un fósforo encendido á Josefina.) Y hace bien. Tú eres de los que van al baile á bailar; y si

RBC/NcU

te hiciera caso, vendría mañana y no podría tenerse en pie ni cinco minutos.

LUIS. ¡Ah, egoísta, explotador de la juventud! De modo que lo que tú quieres es que la chica se acueste tempranito para que luego tu vestal resista más tiempo sin mover un músculo, ¿verdad?

JOSEFINA. Y á propósito, maestro: ¿las vestales tenían que estar por fuerza de pie para cuidar el fuego sagrado? ¿No lo podían cuidar lo mismo en una butaca?

PINILLA. Pero, hija, ¡si no había butacas en tiempo de los romanos!

JOSEFINA. ¿Que no? ¿Pues dónde se sentaban las romanas para hacer encaje de bolillos? (Se oyen golpes en la puerta izquierda.)

ESCENA II

DICHOS. FELICIANO. Después DOS MOZOS.

FELIC. (Dentro.) ¿Se puede?

PINILLA. Me parece que es el portero.

JOSEFINA. No vendrá solo.

PINILLA. ¿Por qué?

JOSEFINA. Porque casi siempre sube con la cogorza.

PINILLA. Adelante, señor Feliciano. (Sale Feliciano, de zapatero remendón.)

FELIC. Buenas las tengan ustedes todos.

PINILLA. Muy buenas. ¿Qué hay?

FELIC. Pues hay... que ahí están dos mozos con aquel cuadro que usté mandó el otro día á poner marco.

PINILLA. ¡Hombre! ¡Cuánto me alegro! Que entren.

FELIC. Ya, ya suben. (Avanza un poco, mirando fijamente á Josefina.) (Lo tiene puesto. ¡Qué precioso es! De hoy no pasa.)

JOSEFINA. (Este tío me mira como si me quisiera comer.) ¡Qué! ¿Se le ofrece á usté algo?

FELIC. No, nada; no, señora. Es el traje. Me gusta mucho el traje.

JOSEFINA. ¡Ah, vamos! (Levantándose.) Maestro, ¿seguimos trabajando esta tarde?

PINILLA. No; ya no hago más. Desnúdate si quieres.

(Vase Josefina por la izquierda. Entran lentamente por la derecha dos mozos de cuerda conduciendo un cuadro grande con marco, que representa lo que el diálogo indicará luego. Luis rompe el periódico y se entretiene en hacer pajaritas.)

FELIC. (¡Lo deja, lo deja! Y la tarde está de pistón de pavo. Ahora sólo falta que éstos no se queden.)

Feliciano.—Cuadro 1.º

MOZO 1.º ¿Dónde va esto?

PINILLA. Allí, apoyado en aquella pared. (La del foro.)

MOZO 1.º ¡Camará, qué armatoste! (Lo colocan en el suelo, apaisado, de modo que la figura del cuadro quede como acostada.) Arrima otro poco. ¿Manda usted algo más?

PINILLA. (Dándole algunas monedas.) Nada; vayan ustedes con Dios.

MOZO 1.º Gracias, señorito. (Vanse los mozos por donde vinieron.)

ESCENA III

PINILLA. LUIS. FELICIANO.

LUIS. (Sin levantarse y mirando al cuadro.) ¡Ah! ¿Es el del centinela? ¿Y por qué has puesto marco á eso? ¿Le has vendido?

PINILLA. No; éste no le vendo. ¿Pero qué hace usté ahí, señor Feliciano? Puede usté retirarse.

FELIC. Es que... como la tarde está tan hermosa, creí que los señoritos se irían á dar un paseo por la Castellana. Está aquello despampanante. Han salido este año muchas carrozas... y hay cada mujer que tumba de espaldas.

PINILLA. Pues sí; nos iremos en cuanto salga ésa.

FELIC. (¡Los eché!)

LUIS. De modo que ese cuadro lo guardas.

PINILLA. Para mí. Es un capricho.

LUIS. ¡Vaya una tontería! Has hecho algunos mucho mejores.

PINILLA. Mejor pintados tal vez; pero con la miga y la intención que tiene éste, ninguno.

LUIS. ¿Intención? ¿Miga? ¿Dónde?

PINILLA. ¿Tú te has fijado bien?

LUIS. Ya lo creo. Como que te lo he visto pintar.

PINILLA. Señor Feliciano, ayúdeme usted.

FELIC. Mande.

PINILLA. Vamos á ponerlo como es debido. (Colocan el cuadro arrimado á la pared en su posición natural.) Arriba. Eso es. (Á Luis.) Míralo ahora. ¿Qué ves ahí?

LUIS. Lo mismo de siempre. Un guerrero visigodo que hace centinela medio dormido junto á la poterna de un castillo roquero. ¿No es eso lo que has querido hacer?

PINILLA. Justamente. Pero tú no ves más, ¡infeliz! Y yo veo en ese soldado una porción de cosas.

LUIS. ¿Sí?

PINILLA. ¡Muchas! Veo tras esa poterna un subterrá-

neo donde vigilan otros soldados como él, dispuestos á rechazar una embestida. Más allá, tras la puerta secreta, una escalera de piedra que conduce á los camarines y salones del castillo... ¿Qué hay en esos salones y camarines? Todo un mundo de hombres de hierro, de mujeres hermosas, pajes, escuderos, dueñas y esclavos que viven, se aman ó se odian cubiertos de ricas telas, aceradas cotas y deslumbradora pedrería... Y la vida y la felicidad de ese mundo, ¿de qué depende? De que ese centinela divise á tiempo, entre la oscuridad de la noche, las naves de los piratas normandos, que pueden desembarcar de un momento á otro, trepar por las rocas, pasar á cuchillo á los hombres de armas, ahorcar á los pajes y llevarse el oro, la pedrería y las mujeres. ¡Todo eso veo yo en ese guerrero visigodo que hace centinela junto á la poterna!

FELIC. (¡Camará, qué vista!)

LUIS. (Riendo á carcajadas.) ¡Qué barbaridad! ¿Pues sabes lo que te digo? Que con esa fuerza de imaginación cualquiera es artista eminente.

PINILLA. Eso de cualquiera...

LUIS. ¿Que no? Yo mismo si me apuras un poco. ¿Qué ves tú en esta pajarita de papel?

PINILLA. Eso: una pajarita.

LUIS. Pues yo veo todo lo siguiente. En este trozo de periódico viene la noticia de la declaración de guerra del Japón á Rusia. Detrás de ella están acorazados gigantescos que se hunden, torpedos que estallan, ejércitos que chocan, plazas que se rinden, trincheras que se toman por asalto, ríos de sangre y millares de muertos... De modo que tu visigodo es un cañamón comparado con mi pajarita.

FELIC. Como que también debía usté ponerla en un marco.

PINILLA. (A Luis.) Déjate de bromas. (Sale Josefina por la izquierda en traje de calle.)

ESCENA IV

DICHOS. JOSEFINA.

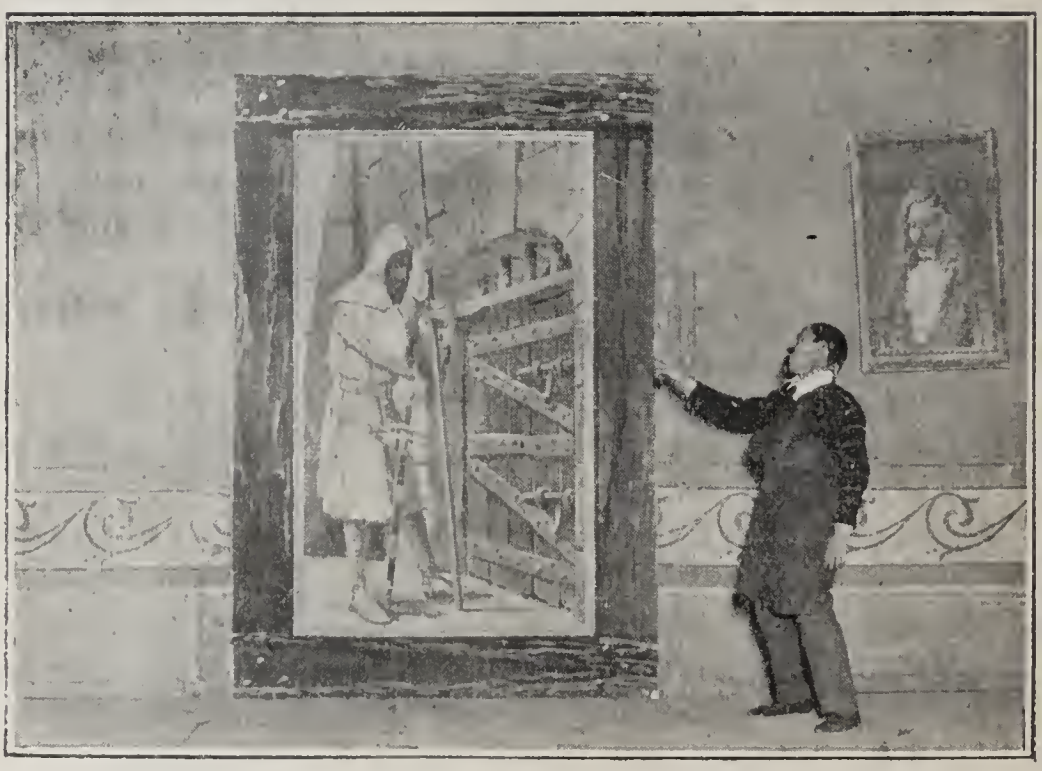
JOSEFINA. ¡Ah! me estaban ustedes esperando.
PINILLA. Efectivamente.
JOSEFINA. Gracias. Mañana ¿á qué hora, maestro?
PINILLA. A las diez, como de costumbre.
LUIS. (A Josefina.) Y esta noche ¿dónde, por fin?
JOSEFINA. A ninguna parte, hijo. Usté no hace más que bailar, y... ya ha oído usté al señor Pinilla. Hasta mañana. (Vase izquierda.)
LUIS. Veremos lo que adivinas en esa vestal cuando la acabes.
PINILLA Pues... probablemente el incendio de Roma. Señor Feliciano, no se le olvide cerrarlo todo.
FELIC. Descuide el señorito.
PINILLA. ¡Ah! y cubra usté ese cuadro, ¿eh? (A Luis.) Vamos cuando quieras.
LUIS. Buenas tardes. (A Feliciano.)
FELIC. ¡Divertirse mucho! (Vanse Pinilla y Luis por la izquierda.)

ESCENA V

FELICIANO.

El que se va á divertir de órdago es este cura. ¡Mecachis, qué bien me están saliendo las cosas! Desde hace quince días le tenía yo echao el ojo al trajecito ese. A ver si lo ha dejao á mano... (Entra por la derecha y sale en seguida con el traje de vestal hecho un envoltorio.) Aquí está. Con esto voy á parecer un ángel y no me va á conocer ni Cristo. (Medio mutis.) ¡Ah! que hay que tapar el muñeco éste. (Lo hace co-

rriendo sobre él una cortina preparada al efecto.) Lo primero que voy á hacer en cuanto me ponga la careta es buscar en el despacho de vinos del Andaluz al señor Joaquín el churrero. Me acerco (dirigiéndose al guerrero pintado), le doy un cosquis sobre la parte y le digo: —¡Hola, Joaquín! ¿Me conoces?—Ni ganas, contesta él.—Me alegro, pa decirte que más valía que



en lugar de tomar unos chatos pagaras lo que debes.—¿Qué debo yo?—Las medias sue las y tacones del mes pasao.—¡Mentira!—¡Que no!—¡Que si!—¡Que no!... ¡Pum! Otro cosquis. (Dando otro puñetazo al guerrero en la cara.) ¡Ay! usté dispense. Por poco escacharro al centinela y por mi culpa entran los piratas normandos á llevarse las chicas. (Acabando de cubrir el cuadro con la cortina.) ¡Ajajá! Que usté descanse. Y ahora al Prao. (Recogiendo el lío de la ropa.) Pero que tengo la suerte por arrobas. (Vase. Empieza la música.)

Mutación.

CUADRO SEGUNDO

Un pasillo en la comisaría de cualquier distrito. Entrada y salida libres por ambos lados y una puerta pequeña con cortina en el fondo.

ESCENA VI

Un GUARDIA entra por la izquierda guiando á MATILDITA y MANOLITO. Ambos son dos niños vestidos de máscara con trajes de capricho ricos y vistosos.

GUARDIA. Esperad aquí. Voy á avisar al señor comisario. (Vase el Guardia por el fondo.)

Música.

MATILDE. Manolito.
MANOLO. Matildita.
MATILDE. Me da mucha vergüenza estar aquí.
MANOLO. También á mí.
MATILDE. Si lo sabe mi mamita
creerá que no es verdad que me perdí.
MANOLO. Puede que sí.
MATILDE. ¿Nos llevarán atados
codo con codo?
MANOLO. ¡Claro! Todos los presos
van de ese modo.
MATILDE. ¡No me lo digas, Manolín,
que me entran ganas de llorar!
MANOLO. Yo también tengo un nudo aquí
que no lo puedo desatar.
MATILDE. Cuando en nuestras casas
nos echen de menos,
á mí mi mamita

y á ti tu papá,
y el juez averigüe
nuestras relaciones,
¿dónde te parece
que nos mandará?

MANOLO. Pues, ¡claro está!
á mí á Melilla
y á ti á Alcalá.

MATILDE. ¡No me lo digas, Manolín,
que me entran ganas de llorar!

MANOLO. También yo siento un nudo aquí
que no lo puedo desatar.
Y por si no nos vemos
más en la vida,
debías darme el beso
de despedida.

MATILDE. ¡Quítate allá!
Si luego el juez lo sabe
te azotará.

MANOLO. Dámele, Matildita,
¡mira que lloro!

MATILDE. No quiero.

MANOLO. Yo sí quiero,
porque te adoro.
Que te lo quito.

MATILDE. ¡Que no!

MANOLO. ¡Que sí!

MATILDE. ¡Mira que grito!

(Huye. Manolín la persigue, la alcanza y la besa.)

MANOLO. ¡Ya te lo di!

MATILDE. ¡Ay, Manolito,
qué malo eres!

MANOLO. ¡Pero qué ricas
sois las mujeres!

(Sigue besándola. Aparecen en la puerta del foro el Comisario y el Guardia.)

ESCENA VII

DICHOS. EL COMISARIO. EL GUARDIA.

Hablado.

COMIS. ¡Muy bien, niños! (Susto y atolondramiento de los chicos. Al Guardia.) ¿Por qué han traído á estos bebés?

GUARDIA. Porque se ha movido un barullo en la Caste-

Matildita.

llana y por lo visto se han extraviao de la familia. El 473 los ha encontrao llorando junto al Obelisco.

COMIS. ¡Cosas de estos días! ¡Dichoso Carnaval! ¿Hay alguna otra cosa?

GUARDIA. Sí, señor; un borracho que se ha dao de cos-

corrones con un amigo, y han armao la gran trifulca en la Cibeles.

COMIS. ¿Han traído á los dos?

GUARDIA. No, señor; al otro no se le ha podido coger, porque estaba menos borracho que éste.

COMIS. Bueno; pues que le despabilen un poco y que le hagan entrar en seguida. (Vase el Guardia.) Vamos á ver, angelitos: ¿vosotros sois hermanos?

MATILDE. } No, señor.
MANOLO. }

COMIS. ¡Hola, hola, hola!

MATILDE. Si lo dice usté porque me besaba éste, es que estábamos muy tristes y llorábamos mucho...

MANOLO. Y como creíamos que nos íbamos á morir...

COMIS. Ya, sí. Tú ¿cuántos años tienes, nena?

MATILDE. ¿Yo? Catorce.

COMIS. ¿Y tú, perillán?

MANOLO. Quince.

COMIS. Pues cuando tengas veinticinco vas á creer que te mueres á cada paso. Bueno, ¿y qué ha sido eso?

MATILDE. ¿Lo del beso?

COMIS. No; eso ya lo sé. Lo otro. Lo que os ha pasado.

MATILDE. ¡Ah! Pues... verá usté: estábamos en el paseo viendo las máscaras, cuando... Cuéntalo tú, Manolín.

MANOLO. No, no; cuéntalo tú, que yo me corto.

MATILDE. Bueno; pues... estábamos en el paseo esperando á que pasara mi mamá, que va vestida de berenjena en una carroza muy elegante...

COMIS. ¡Ah! ¿Tú no ibas con tu mamá?

MATILDE. No, señor; iba con el ama de cría que tiene mi hermanito el de seis meses.

COMIS. Adelante.

MATILDE. Y como á mí me habían puesto este traje tan bonito, se paraban muchas personas á verme. En esto vino una máscara muy sucia y la hizo así al ama.

COMIS. ¿Cómo?

MATILDE. Así, como dándola un pellizco no sé dónde.

Y el ama, que tiene mal genio, hizo así (acción de bofetada), y la máscara, que llevaba una escoba, hizo así (acción de garrotazo), y el ama hizo así, y se arremolinó la gente, se espantaron unos caballos, yo me asusté y eché á correr sin saber lo que hacía... (Gimoteando.) ¡Por eso me he perdido!

COMIS. Vamos; bueno, bueno. No hay que llorar ahora. ¿Y tú, buen mozo?

MANOLO. Pues yo estaba cerca de ésta con mi papá, que es un señor que usté debe conocerle. Tiene patillas, se llama don Ciriaco y va todas las noches al Suizo.

Manolito.

COMIS. No le conozco. Sigue.

MANOLO. Como vi que ésta se asustaba, eché á correr detrás de ella, y cuando quisimos recordar, la gente nos fué empujando, empujando... que cuando quisimos ir á casa no supimos por dónde, y nos pusimos á llorar hasta que llegó

el guardia. Nos preguntó dónde vivíamos; pero como estábamos tan asustados no se lo supimos decir... (Gimoteando también), ¡y nos trajo aquí para llevarnos á presidio!...

COMIS. Pero ¿sabéis cuál es vuestra casa?

MANOLO. Sí, señor, ya lo creo.

COMIS. Bueno, pues en seguida se os llevará.

MANOLO. ¿A presidio?

COMIS. Todavía no; á la camita con un par de azotes. Ahora entrad ahí y esperad hasta que vengan á buscaros.

MATILDE. ¿Aquí? Pero ¿está aquí el juez?

COMIS. No, hija; no hay nadie. (Medio mutis los niños.)

MATILDE. Diga usted: y si no hay nadie y Manolín quiere despedirse, ¿qué hago? ¿Grito?

COMIS Bueno, sí; grita lo que quieras.

MANOLO. Oiga usted, que nos lleven pronto á casa, que mañana tengo que madrugar para ir al colegio.

COMIS. No te apures, hijo. (Vanse los niños por el foro.) Hombre, ¡más pronto!... Aquí está el ama. (Sale Lorenza por la izquierda con collares, cintas y lazos propios de su profesión de ama de cría. Trae en brazos un niño ataviado con lujo.)

ESCENA VIII

EL COMISARIO. LORENZA.

LORENZA. Señor comisario... ¿Es usté el comisario?

COMIS. Sí, señora, ¿qué hay?

LORENZA. Que vengo sofocada, furiosa, ¡que no puedo más!

COMIS. Pues tranquilícese usté porque ha parecido.

LORENZA. ¿Quién?

COMIS. La niña.

LORENZA. ¿Qué niña?

COMIS. La de usté. ¿No ha salido usté de paseo con una niña?

LORENZA. ¡Ah, sí! No me acordaba. ¡Como tengo una rabia tan grande! ¿Y ha parecido? ¿Está aquí? ¡Qué alegría! Dígala usté que salga.

COMIS. Ahora mismo.

LORENZA. Digo no, espérese, que además vengo á otra cosa. Vengo á que se me haga justicia ahora mismo.

Lorenza.

COMIS. ¿Justicia? ¿De qué?

LORENZA. De que me ha faltao un tío granuja, sin vergüenza, y ahí le han traído los guardias. Quiero que le empalen, que le ahorquen, porque yo soy una moza soltera y á mí nadie me pone la mano encima.

COMIS. (Gritando.) A ver, Suárez, que entre ése.

GUARDIA. (Dentro, gritando mucho.) ¡Vamos, hombre!

LORENZA. No; si no le dará la gana de entrar. Es muy bruto.

COMIS. ¡Suárez! ¡Que entre, he dicho!

ESCENA IX

DICHOS. EL GUARDIA. EL SEÑOR LUCAS.

(El señor Lucas es un peón de albañil entrado en años y sordo como una tapia. Viste el disfraz que llaman de «destrozona»: falda hecha un puro guiñapo, mantón raído cruzado y atado á la espalda y pañuelo sucio á la cabeza. Por debajo del mantón y la falda se ven perfectamente la chaqueta, el pantalón de trabajo y las alpargatas. Trae puesta una careta feísima y vulgar, y al hombro una escoba larga. El Guardia le da un empellón que le obliga á penetrar en escena, donde queda hecho un pasmarote. Cuando habla lo hace siempre acompañando la palabra con una risa entre socarrona y estúpida.)

COMIS. ¿Qué es eso? ¡Quítese usté la careta! (Pausa.)

GUARDIA. Tendrá usté que gritar, señor comisario, porque me parece que es un poco sordo. (Gritando al oído de Lucas.) ¡Que se quite usté la careta!

LUCAS. ¿Eh?

GUARDIA. ¡La careta!

LUCAS. Es bonita, ¿verdad?

GUARDIA. ¡Que se la quite usté!

LUCAS. ¡Ah! (Se descubre.) ¡Je, je! ¡Qué gana de molerle á uno!

COMIS. (Haciéndole señas.) Acérquese usté.

LUCAS. (Acercándose á él.) ¿Qué pasa?

COMIS. (Voceando.) Queda usté detenido por haber promovido un escándalo en la vía pública.

LUCAS. ¿Yo?

COMIS. Usté.

LUCAS. ¡Je, je! La del escándalo ha sido la señora. Yo no me he alborotao poco ni mucho.

COMIS. Dice que la ha amenazado usté con la escoba. (Indicándoselo por señas al mismo tiempo.)

LUCAS. Pué ser. Pero fué porque ella dió un puñetazo en la careta. Y tenía yo la cara debajo.

COMIS. Porque usté la habia faltado al respeto.

LUCAS. ¿Cómo?
COMIS. Que la faltó usté.
LUCAS. Digo que cómo fué el faltarla. Yo no hice más que así (pretendiendo tocarla el pecho) pa acariciar al niño.
LORENZA. (Retirándole el brazo bruscamente.) Estése usté quieto, morral. ¿Lo ve usté, señor comisario!
COMIS. ¡Es que eso no se puede hacer!
LUCAS. ¿Que no se puede? ¡Anda! ¡Je, je! Y me había yo vestido de máscara pa eso!
LORENZA. ¡Habráse visto desvergüenza de hombre!
LUCAS. Sí, señor, sí; pa eso. Porque como uno es un

Lucas.

poco tardo, pues... no se pué uno divertir dando bromas de palabra y tié que valerse por señas. Por eso me dije: Lucas, con el «al higuí» no vas á hacer nada, y con el traje de cucuruchos tampoco... Vístete de mujer y ya no chocará que te metas entre las mujeres. Porque á mí me gustan las mujeres con

locura, ¿sabe usté? y cuanto más metidas en carnes mejor. Así es que en cuanto vi á la señora pensé: Pues voy á congraciarme con ella haciendo fiestas al chiquillo. Y fué cuando hice así. (Repite el movimiento.)

LORENZA. (Rechazándole otra vez.) ¡Y dale! ¡Que se esté quieto, ó le tiro la criatura!

COMIS. (Al sordo.) Pues esas fiestas le van á costar á usté unos días de cárcel.

LUCAS. ¿Con ella?

COMIS. Solo.

LUCAS. Tié que ser con ella, porque también ha armao el escándalo.

LORENZA. ¿Unos días na más? ¡Un par de años siquiera, hombre!

COMIS. Déjelo usté de mi cuenta. Entre usté ahí y recoja los niños.

LORENZA. ¿Cómo los niños?

COMIS. Sí; la niña de su casa de usté y un amiguito.

LORENZA. ¡Ah! el hijo del vecino de las patillas. Y ¿por dónde nos vamos?

COMIS. Por la otra puerta de esa habitación, dónde habrá un guardia que los pondrá á ustedes en la calle.

LORENZA. Y á ese tío ya lo sabe usté: ¡dos años lo menos! (Amenazando al sordo.) ¡Si me valiera!...

LUCAS. (Intentando tocarla de nuevo.) Adiós, rica. (Vase Lorenza por el foro.)

COMIS. Y usté por aquí. (Señalando á la derecha.)

LUCAS. Donde usté diga. (Se echa la escoba al hombro, va á dar media vuelta y derriba la teresiana del Guardia que estaba á su izquierda.

GUARDIA. (Tirándole de la ropa.) ¡Eh! amigo; mire usté lo que hace.

LUCAS. ¿Qué pasa? (Se vuelve hacia el guardia y tira con la escoba el sombrero del Comisario que estaba á su derecha.)

COMIS. ¡Este bárbaro es un ciclón! ¡Por aquí!

LUCAS. Sí, hombre, sí; por ahí. ¡Je, je! ¡ya muelen estos tíos, ya! (Vase por la derecha con el Guardia.)

ESCENA X

El Comisario. Feliciano. Al fin El Guardia.

Felic. (Dentro.) ¡Viva la república!

Comis. ¡Eh! ¿qué es eso?... ¡Ah, el borracho!

(Sale Feliciano por la izquierda, con el traje de vestal hecho una lástima y ebrio del todo.)

Felic. ¡Hola! Felices pascuas. ¿Qué se me quiere aquí?

Feliciano.—Cuadro 2.º

Comis. ¡Eh! Compadre, ¿qué vivas son esos? (Cogiéndole de un brazo y zarandeándole.)

Felic. ¡Chist! No sobe el amigo. He dicho ¡viva la república... romana! Soy una vestal. ¡Se ofrecía algo?

Comis. Que aquí á las vestales como tú, cuando tie-

nen cuatro copas de más, las ponemos á la sombra.

FELIC. ¡Mal hecho! Y yo no tengo cuatro copas de más; lo que tengo es cuatro copas de menos.

COMIS. Justo; para escandalizar más todavía.

FELIC. No, señor; si me dieran otras cuatro copas me caería redondo y no me metería con nadie. ¿Eh? ¿Y ahora? ¿Qué se dice ahora?

COMIS. Ahora vas á ver lo que se dice. (Llamando.) ¡Suárez! (Al borracho.) ¿Qué riña ha sido esa de la Cibeles?

FELIC. ¿Riña? ¡No ha habido riña! Yo no he reñido con nadie... ¡Soy una vestal! (Sale el Guardia.)

COMIS. Pues aquí tienes un par de chichones.

FELIC. Porque ha sido el señor Joaquín el churrero el que ha reñido conmigo, y así es como me ha pagao las medias suelas.

COMIS. (Vaya, con este hombre no hacemos nada.) ¿Sabes dónde vives?

FELIC. ¡No lo he de saber! ¡En España!

COMIS. (Es inútil.) Suárez, métele ahí dentro y le tenéis encerrado hasta la noche. Luego le lleváis á que le den el amoníaco, y en cuanto se despeje un poco y pueda decir dónde vive, le dejáis en su casa. (Vase por la izquierda.)

FELIC. Eso; á casa... ¡A casita, que llueve! ¡Viva la repúb...! ¡Viva la romana! Te la diñé... ¡Viva la repùblica! ¡Anda, ya lo he dicho!

(El Guardia le coge por un brazo y se lo lleva por la derecha. El se va cantando.)

Somos chiquititos,
mañana creceremos,
y defenderemos
la santa libertad...

Mutación.

CUADRO TERCERO

La misma decoración del primero. Es de noche.

ESCENA XI

(Mientras se hace la mutación no cesa de oirse la voz de Feliciano cantando dentro.)

Chito, silencio,
que pasa la ronda;
chito, silencio,
que vuelve á pasar...
¡Que viva Garibaldi,
la guardia nacional!

(Al acabar la canción se abre la puerta de la izquierda y entra nuestro hombre con la túnica recogida, sombrero puesto y el mantolín al brazo. Trae una palmatoria con vela encendida.) Ya estamos aquí todos. ¡Ahora á dejar estos trapos y al catre! (Coloca la palmatoria sobre la mesita, y empieza á quitarse la túnica con el trabajo consiguiente.) ¡Mecachis, qué tarde más rica! ¡Las cosas chuscas que me han pasao á mí esta tarde! Digo, ahora no me acuerdo de nada; pero ¡lo que me voy á divertir en cuanto me acuerde! (Por la túnica.) Ya salió. A la percha. Ni el aire se entera de que se ha tocao á la ropa... (Da algunos pasos hacia la puerta de la derecha; cree que la ha pasado y cuelga el traje en la atmósfera.) ¡Ajajá! ¡Util! Tengo una idea de que le he dao cuatro tortas al señor Joaquín... ¡Digo! ¿Ha sido al señor Joaquín ó á un soldao que había en esta paré? Tié que haber sido al soldao, porque le he hecho polvo... ¡Ah! No, que está tapao. (Tira violentamente de la tela y descubre el cuadro.) ¡Hola, mi amigo! ¿Qué tal se está pasando la noche?

¿Te acuerdas de los trompis de enantes? ¿Qué sí? ¿Que quiés otro? (El guerrero mueve la cabeza.) ¡Mecachis! Estoy como una uva. ¡Pues no se me ha figurao que se menea el tío éste! (Otro movimiento del guerrero.) ¡Y sí que se mueve, releña! ¡Eh, tú, que te estés quieto! Los hombres pintaos no se mueven. A ver... ¡Firmes! ¡Hola! ¿Que no? Pues toma, ¡por malo! (Intenta darle un bofetón, pero pierde pie, le da en el aire y vuelve un poco la espalda al cuadro. En este momento el guerrero visigodo alarga el brazo y le sujeta con fuerza por el cogote. Feliciano se espanta lo que no es decible y quiere gritar, pero no puede. El soldado apoya la lanza en la pared, abre la puerta del muro y empuja á Feliciano, obligándole á entrar por la poterna. Esta vuelve á quedar cerrada, el centinela recobra su postura anterior, quedando inmóvil, como si nada hubiera ocurrido. Entretanto cae el telón lentamente y empieza la música.)

Mutación.

CUADRO CUARTO

Un subterráneo. En el fondo una puerta pequeña.

ESCENA XII

FELICIANO.

(Se abre la puertecita del fondo y, empujado por el guerrero visigodo, sale dando trompicones hasta dar con su cuerpo en tierra. La puerta se cierra tras él.)
¡Camará, qué tío! Si llego á tener un grano en el pescuezo me lo cura. (Incorporándose.) ¿Que será esto? ¡Mecachis, qué humedad! Menos mal que con el fresquito se despeja uno... ¿Eh? Me páice que oigo un ruído como de cadenas. ¡Contra! ¿A que me ha matao ese animal y estoy en los infiernos por haber dicho ¡viva la república!? No, pues á mí no me cogen. (Va á salir por la derecha.) ¡Ah, no!, que es por aquí por donde vienen. ¡Lagarto, lagarto! (Vase corriendo por la izquierda. Poco después salen por el lado contrario Egil y Cautivos normandos.)

ESCENA XIII

EGIL. Cautivos normandos. Luego OSMUNDA.

Música.

TODOS. Crujió la poterna;
se ha abierto sin duda.
Alguno de fuera
llegó en nuestra ayuda.

(Se dirigen rápidamente á la puerta y la encuentran cerrada.)

¡No! ¡Maldición!
Cerrada está.
De esta prisión
nadie saldrá.

EGIL. Pero nunca, valientes guerreros,
perdáis la esperanza,
y tomad, si podéis, algún día
terrible venganza.

CORO. Si salir logramos
de esta inmunda cueva,
¡ay del que las armas
á medir se atreva
con los que nacieron
para pelear,
dueños de las costas,
reyes de la mar!

EGIL. Callad, que allí una sombra
rápidamente llega.
Por si es de un enemigo
corred á detenerla.

(Se dirigen algunos hacia la izquierda, donde aparece Osmunda.)

OSMUNDA. Teneos, soy yo.

CORO. ¡Es una mujer!

EGIL. En nuestra prisión
¿qué vienes á hacer?

OSMUNDA. Romper, si puedo, vuestras cadenas;
¡sangre normanda corre en mis venas!
Como á vosotros me entierran viva,
también esclava, también cautiva.

EGIL. ¿Cómo venir pudiste
á esta maldita tierra?

OSMUNDA. Trajéronme al castillo
como botín de guerra.
Al brillar en los témpanos
como en limpio cristal
los rojizos fulgores
de la aurora boreal,
con audaces soldados
nuestro barco salió

á buscar los tesoros
de la tierra del sol.
Y lo lograron nuestros guerreros,
porque arrasaron pueblos enteros,
y se podría con el tesoro
forrar la nave de plata y oro
Pero un día fatal
se rindieron al fin,
y logró el vencedor
rescatar el botín.
Al verme esclava,
sintió el señor
que le abrasaba
fuego de amor;
y defendida
por mi altivez,
no fuí vencida
segunda vez.
Por eso con vosotros
aquí me envía,
pero si el fuerte muro
cae algún día,
¡juremos por los dioses
de Escandinavia
en los que nos vencieron
saciar la rabia!
¡Juradlo por mí!

CORO. ¡Jurémoslo, sí!

TODOS. ¡Ah, cuando salgamos
de esta inmunda cueva!
¡ay del que las armas
á medir se atreva
con los que nacieron
para pelear,
dueños de las costas,
reyes de la mar!

Hablado.

OSMUNDA. ¿Caísteis prisioneros como yo?

EGIL. Sí, como tú. Al asaltar este castillo. Sus defensores son muchos y bravos.

OSMUNDA. Pero morirán todos... ¿No sabéis? Nuestros

hermanos vuelven... Los centinelas no los han visto todavía, pero mis ojos, acostumbrados á la eterna noche de nuestras islas, han divisado las teas de sus barcazas allá lejos, entre las nieblas... ¡Vienen! Son ellos... ¡serán muchos! Pronto de este castillo no quedará piedra sobre piedra, y entonces. Pero ¡oíd!

Egil.

EGIL. ¿Qué temes?
OSMUNDA. ¿Hay soldados en el subterráneo?
EGIL. No; sólo en las puertas.
OSMUNDA. Pues alguien nos espía. (Señalando á la izquierda.) Ved; allí hay un hombre.
EGIL. ¡Si! algo se mueve.
OSMUNDA. (Enérgicamente.) Corred y ahogadle. (Algunos avanzan hacia la parte indicada, pero los detiene la voz de Feliciano.)

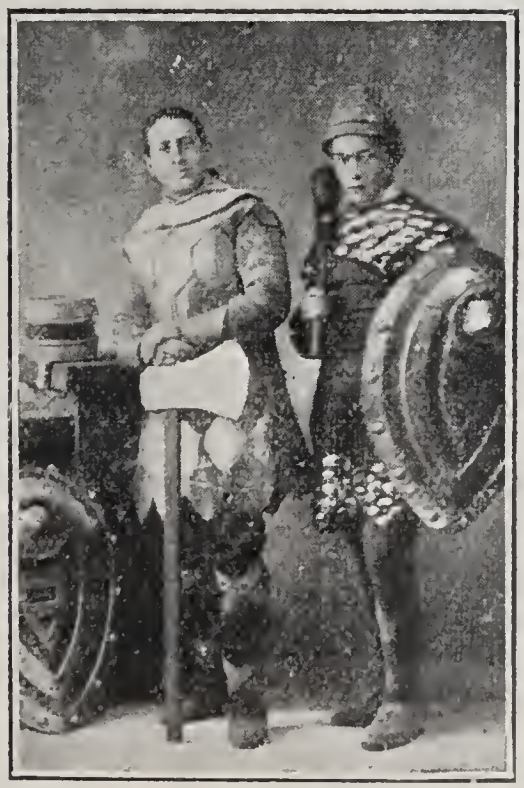
ESCENA XIV

DICHOS. FELICIANO.

FELIC. (Dentro.) ¡No, no! ¡que no vengan! Que no se molesten.

EGIL. ¿Qué dice?

FELIC. (Saliendo resueltamente.) Que aquí estoy yo. De perdidos al río.



Guerreros normandos.

OSMUNDA. ¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?

FELIC. Eso es lo que yo quisiera saber, qué hago aquí á estas horas.

OSMUNDA. ¿Cómo has llegado al subterráneo?

FELIC. ¡Ah! ¿Pero no lo saben ustedes? Pues porque me han metido á la fuerza, y dándome coscorrones encima.

OSMUNDA. Tu traje indica que te han hecho prisionero lejos de aquí, en la Aquitania acaso...

FELIC. Sí que me prendieron; pero no ha sido en la Aquitania: ha sido en la Cibeles.

Osmunda.

OSMUNDA. ¿En el campo de batalla ó dentro de tu tienda?

FELIC. ¡Si puede decirse que yo no tengo tienda! Saco al portal una silla y la cazuela del engrudo, y listos.

OSMUNDA. ¿Quieres salir de aquí? ¿Quieres vengarte?

FELIC. ¡Pues no he de querer! Y en cuanto pille al zanguango que me ha metido le despego del cuadro.

OSMUNDA. (Aparte á él y misteriosamente.) Pues abre el corazón á la esperanza. ¡Nuestros hermanos van á llegar!

FELIC. (Lo mismo.) ¿Sí? ¡Cómo lo dudo!

OSMUNDA. ¡Qué! ¿Sabes algo?

FELIC. ¡Vaya! Sé que no tengo más familia que un sobrino segundo.

OSMUNDA. ¿Qué dice? ¡Este hombre no es de los nuestros!

FELIC. Sí, señora, sí; soy de los de usted. ¡No faltaba más! (¿A que me escabechan estos animales?)

OSMUNDA. Pues si eres de los nuestros debes ayudarnos.

FELIC. Con el alma y la vida.

OSMUNDA. Pues oíd. (Todos la rodean.) Los bravos de Jutlandia, los normandos invencibles, terror de la Cantabria y de la Galicia, vienen sobre esta costa, y dentro de poco treparán sobre esas rocas, como los osos de la región boreal, y clavarán en las almenas los garfios de hierro de sus escalas. Mientras ellos atacan la fortaleza, nosotros debemos minar los cimientos. Yo conozco todas las trampas, galerías y puertas secretas del castillo. Seguidme y os llevaré donde están la libertad y la venganza.

EGIL. Guía cuando quieras.

FELIC. ¿Yo tengo que ir también?

OSMUNDA. El primero. Tú no eres escandinavo, y si es preciso que haya alguna víctima, debes ser tú el que caiga.

FELIC. ¡Qué graciosa!

OSMUNDA. Silencio y anda. (Empujándole hacia la izquierda.)

FELIC. Pues si lo sé antes, en lugar de hacerme republicano federal, me hago escandinavo...

(Vanse todos por la izquierda. Música.)

Mutación.

CUADRO QUINTO

Salón gótico. Chimenea de campana á la izquierda.

ESCENA XV

RAMIRO y GALSUINDA sentados en altos sillones, uno á cada lado de la chimenea. Formando grupos en sitios distintos, doncellas, escuderos y pajes, de pie ó sentados. Algunas mujeres hilan en ruecas. Algún soldado limpia sus armas. Al levantarse el telón entra ERVIGIO por el foro derecha. Luego UN JUGLAR. Al fin UN ARQUERO.

Música.

ERVIGIO. (Entrando.) Albergue y cena quiere
un mísero juglar
que humildemente pide
licencia para entrar.

RAMIRO. Decidlo vos, señora,
si la podemos dar.

GALS. Acaso sus canciones
alivien mi pesar.

RAMIRO. Decidle que entre.

ERVIGIO. Puedes venir.

CORO. Cántigas nuevas
vamos á oir.

(Entra el Juglar, con dos palos con vejigas, dando golpes á diestro y siniestro.)

JUGLAR. Apartad, apartad, apartad,
doncellas y pajes,
oíd y callad. (Saluda á Galsuinda y Ramiro.)
Ante los señores
doblo la rodilla.
Vengo de la Galia,
vengo de Castilla,
y en pueblos y aldeas

acabo de oir
consejas y cuentos
que os voy á decir.
Apartad, apartad, apartad,
doncellas y pajes,
oid y callad.

—

Juglar.

Menga es capaz de dormirse
en la punta de un venablo,
y siempre que está dormida
dice que la tienta el diablo.

CORO. ¡Jesús!

JUGLAR. ¡Oid y callad! (Golpea el suelo con las vejigas.)
Como endemoniada
la pobre sufría;
pidiendo socorro
se fué á la abadía.
Y desde entonces tampoco
duerme con tranquilidad.
Ya no la tienta el demonio.

CORO. ¡Jesús!

JUGLAR. ¡Oid y callad! (Nuevo golpe con las vejigas.)
¡Pero la tienta el abad!

CORO. Audaz y atrevido
parece el histrión,
y tiene donaire
la nueva canción.

—

JUGLAR. En la abadía de Ozores
entraba un ánima en pena
á comer el pan y el queso
que se guarda en la alacena.

CORO. ¡Jesús!

JUGLAR. ¡Oid y callad! (Golpe.)
El señor abade
pensó que era bueno
con ambas viandas
mezclar un veneno.
Y una ponzoña tan fuerte
puso en el queso y el pan,
que los comió la fantasma...

CORO. ¡Jesús!

JUGLAR. Oid y callad. (Como antes.)
Y reventó el sacristán,

—

CORO. Audaz y atrevido, etc., etc.

Hablado.

RAMIRO. Tu canción ha gustado á la condesa.

JUGLAR. Gracias.

RAMIRO. Denle viandas y aposento.

JUGLAR. (Al fin voy á cenar. ¡Ay! Ya era hora.)
(Sale un arquero precipitadamente por el foro derecha.)

ARQUERO. Señor.
RAMIRO. ¿Qué quieres?
ARQUERO. Que acudáis, y presto.
Gente de guerra viene hacia el castillo.
RAMIRO. ¡Otra vez los normandos!
(Se ciñe la espada y se pone el casco.)
JUGLAR. (¡Ya no ceno!)
GALS. ¡Dios mío!
RAMIRO. Descuidad. No llega al muro
ni uno solo. ¡A las torres mis arqueros!
¡A la capilla pajes y mujeres!
(Á Galsuinda.)

Dama y doncella castellana.

Vos, sola aquí, rezad mientras peleo.
(Vanse todos por distintos sitios.)
JUGLAR. Yo, á la despensa.
(Vase también. Galsuinda detiene á Ervigio.)
GALS. Ervigio, no te vayas.

ERVIGIO. El señor me lo ordena.
GALS. Y yo no quiero.

(Han desaparecido pajes, soldados y doncellas. Queda Ervigio á alguna distancia de Galsuinda.)

Ervigio.

ESCENA XVI

GALSUINDA, ERVIGIO.

GALS. Acércate.
ERVIGIO. Señora...
GALS. Yo lo mando.
Ven, sí; que tu presencia es el consuelo

de este dolor que el conde no adivina,
y que estalla en el odio que le tengo.

ERVIGIO. ¿No le amáis?

GALS. ¿Lo preguntas? El me ha dicho
que rece mientras lucha. Pues yo rezo
por que esas hordas que al asalto vienen
me libren con la muerte de este encierro.
Guerreó con los míos, y triunfante,
como prenda de paz, me obtuvo en premio,
y esposa de Ramiro fuí por fuerza,
y el amor no se alcanza con el hierro.
Tú lo sabes, Ervigio, que viniste
al castillo conmigo prisionero;
y por eso en el brillo de tus ojos
de mi perdido hogar hallo el reflejo.
Veo en ti nuestra casa, nuestra aldea...
¿Tú no te acuerdas? Habla.

ERVIGIO. No me atrevo.

GALS. ¿Por qué?

ERVIGIO. Vuestra presencia me produce
alegría y pesar al mismo tiempo,
y siento juntos el temor de hablaros
y el ansia de deciros lo que siento.

Música.

ERVIGIO. Como vos en los míos, yo en vuestros ojos
veo, señora, el cielo de mis montañas,
y cuando á Dios en ellos rezo de hinojos
siento dentro del pecho cosas extrañas.
Vergüenza me da.

GALS. ¡Vergüenza! ¿De qué?

ERVIGIO. No sé qué será.

GALS. Pues yo lo diré.
Dicha inefable, suave ternura,
dulce alegría, tierna emoción,
que á un tiempo es gozo y es amargura
que se disputan el corazón.

ERVIGIO. Tenéis razón.
Yo el alma entera por vos daría,
y en mí batallan ansia y dolor,
porque este miedo me da alegría,
y esta alegría me da terror.

Cuando en vuestras miradas
abrasadoras veo
las mismas llamaradas
de mi propio deseo,
al ver que esa hermosura
defiende vuestro honor,
gozando de ventura,
me muero de dolor.

GALS. Eso es amor.
Él sabe sin ruido ganar las batallas;
ni lanzas ni flechas le pueden vencer;
salvando los fosos, derriba murallas
y arrasa castillos con sólo querer.

ERVIGIO. Bendita vos, señora,
que dais el cielo así.

GALS. Ya sabes desde ahora
qué sientes junto á mí.

LOS DOS. Dicha inefable, suave ternura,
dulce alegría, tierna emoción,
que á un tiempo es gozo y es amargura
que se disputan el corazón.

(Sale Ramiro y oye la última estrofa.)

ESCENA XVII

DICHOS. RAMIRO. Luego JUGLAR, doncellas, escuderos y pajes.

RAMIRO. Seguid. ¡Atormentadme! Á la venganza
servirá de acicate este tormento.

ERVIGIO. Señor...

GALS. (Altiva.) ¿Os vengaréis?

RAMIRO. ¡Y lo pregunta!

GALS. Es lo que pido.

RAMIRO. Y lo que á daros vengo.
Ya ante mis ojos, que cegar debieran,
de vuestras penas se aclaró el misterio.
(Gritando.) ¡A mí los servidores del castillo!

GALS. ¿Para qué los llamáis?

RAMIRO. Vais á saberlo.
La muerte es poco para tal ofensa.

(Salen todos.)

Llevad á la condesa á su aposento.

GALS. Sola iré. Pero oíd: pueden robarse
las tiendas, las ciudades y los templos;
los tesoros del alma no se roban...
nunca fui vuestra esposa. ¡Os aborrezco!

Galsuinda.

RAMIRO. ¡Llevadla he dicho!

GALS. ¡Atrás! ¡Nadie me toque! (Vase.

JUGLAR. (¡Hola! Historia de amor... Romance nuevo.)

RAMIRO. Alzad la trampa de la cueva. ¡Pronto!
Coged al paje y arrojadle dentro.

(Dos escuderos sujetan á Ervigio, que no se resiste. El Arquero y otro levantan una trampa del suelo.)

¿Qué haces tú aquí, juglar?

JUGLAR. Hago... una trova para cantarla en las aldeas luego.

(El Arquero, que acaba de levantar la trampa, retrocede asustado)

ARQUERO. ¡Señor!

RAMIRO. ¿Tembláis?

ARQUERO. Por la escalera suben.

RAMIRO. ¡Cobardes! Lo que sube es vuestro miedo.

(Aparece por la trampa medio cuerpo del señor Feliciano. Asombro y susto generales.)

ESCENA XVIII

DICHOS. FELICIANO.

FELIC. Pero que muy buenas.

RAMIRO. ¡Un hombre! (Avanzando furioso.)

FELIC. ¡Eh, eh, amigo! Que si se pone usté así no salgo.

RAMIRO. Sal y habla, pero pronto.

FELIC. (Saliendo por completo y cerrando la trampa.) Eso de pronto... ya será algo menos, porque me echao al cuerpo doscientos escalones. (Contemplando los grupos.) ¡Hombre! ¡Qué bonito! Esto parece cosa del cine.

RAMIRO. ¿Qué hacías? ¿De dónde vienes?

FELIC. De ahí cerca. ¿Ve usté la calle del Tribulete? Pues del segundo portal á mano derecha.

RAMIRO. ¡Contesta la verdad!

FELIC. ¡Si es el Evangelio!

RAMIRO. ¿Cómo has penetrado en el subterráneo?

FELIC. Me hizo entrar un centinela.

RAMIRO. ¡Ah, traidor! ¿Venías al asalto?

FELIC. No, señor, venía á dormir; pero ya está visto que no puedo.

RAMIRO. Podrás, y pronto.

FELIC. ¿De veras? ¡Qué gusto!

RAMIRO. Sí; dormirás eternamente. En cuanto sepa

quién eres te haré arrojar por la barbacana.

FELIC. ¿Por la barbacana? (¿Con qué se comerá eso?)

RAMIRO. Y tu cuerpo se estrellará contra las rocas.

FELIC. (¡Qué bruto! ¡Y me quejaba yo de los guardias!)

Ramiro.

RAMIRO. ¿Qué dices?

FELIC. Que eso sería una barbaridad, y que no lo aguanta ningún cristiano.

RAMIRO. ¡Ah! ¿Eres cristiano?

FELIC. Sí, padre. (Ahora me va á preguntar la doctrina, como á los niños.)

RAMIRO. Pues entonces no morirás en las peñas.

FELIC. Se agradece.

RAMIRO. Morirás á golpe de hacha.

FELIC. Pues mire usté, no sé cuál de las dos cosas me gusta menos.

RAMIRO. Oíd, vosotros. (Se acerca á los soldados y habla bajo con ellos.)

FELIC. ¡Camará! ¡Qué bien se pasan las veladas en estos castillos! ¡Hombre! Allí hay un tío que parece simpático. ¡Chist! Amigo, el de las vejigas.

JUGLAR. (Acercándose á él.) ¿Qué quieres?

FELIC. ¿Cómo te llamas?

JUGLAR. Pero Guijo.

FELIC. Pero ¿qué?

JUGLAR. Guijo.

FELIC. Por muchos años. Oye: ¿este animal acostumbra á matar de veras á la gente?

JUGLAR. Su cuchillo está siempre tinto en sangre. El hacha de su verdugo no descansa. Pero es caritativo y noble.

FELIC. ¡Ni que decir tiene! (Este guijo tiene gana de pitorreo.)

RAMIRO. (Separándose de los soldados.) Ya lo sabéis. Èl y el paje juntos. (A Feliciano.) Prepárate á morir. (Se oye dentro una bocina.)

FELIC. ¡Un cuerno!

JUGLAR. ¿Eh?

FELIC. Que ha sonao un cuerno. (Siguen los toques de bocina. Griterío que aumenta á cada instante, voces de «¡Al arma! ¡Al arma!», ruido de aceros y estrépito de piedras.) (Al Juglar.) Ahí están nuestros hermanos.

RAMIRO. ¿Eh?

FELIC. Digo, los hermanos de aquélla. (¡Está de Dios que yo no salga vivo de esta noche!)

RAMIRO. ¡Los normandos! ¡Traición! ¡A mí, ballesteros! (Vase con los hombres, desenvainando las espadas.

ESCENA XIX

DICHOS. OSMUNDA. EGIL. Normandos.

Música.

(Siguen dentro el estrépito y los gritos. Entran retrocediendo Ramiro y sus soldados. Pajes y doncellas se asustan, corren y chillan. Vense á través de los ventanales los rojos resplandores del incendio. Los cuernos siguen tocando incesantemente.)

OSMUNDA. (Dentro.) ¡Acaben con todo
la espada y el fuego!

FELIC. Dame un arma, Guijo.

JUGLAR. Toma la que tengo.

(Le entrega un palo con una vejiga. Él se queda con otro. Ambos se disponen á defenderse. Salen Egil y los normandos con teas, hachas y mazas. Empieza la lucha. Chocan las espadas, gritan, corren y se empujan todos. El Juglar y Feliciano se baten denodadamente á vejigazo limpio. Aumentan los resplandores del fuego, tocan las bocinas, la orquesta acompaña reciamente la baraúnda; no queda en escena más luz que la de las teas y se hace la mutación.

CUADRO SEXTO

Telón corto. Costa rocosa en Normandía. El mar á lo lejos. Noche de luna.

ESCENA XX

Guerreros normandos.

Música.

Este número enlaza con el anterior. La orquesta describe el viaje de los barcos. Á poco cruzan la escena lentamente de derecha á izquierda y por el orden de enumeración los personajes siguientes: EGIL y unos cuantos guerreros normandos, detrás algunos soldados visigodos, pajes, damas, y el señor FELICIANO, de uno en uno, todos cautivos, unidos por el cuello por una larga cadena de metal, y por último otro pelotón de guerreros con armas. Desfilan en silencio, se hace la mutación y cesa la música.

CUADRO SEPTIMO

Amplia y magnífica habitación en la casa de un jefe normando. Arquitectura extraña. En el techo y en las columnas trofeos de caza, armas, pieles, etc., etc. Al fondo derecha un gran ventanal á través del cual se ve el mar helado. Al fondo izquierda una puerta pequeña.

ESCENA XXI

HILBERTA, asomada al ventanal y acompañada de algunas mujeres nobles. Luego ARNOLDO y cuatro caballeros. Todos, hombres y mujeres, ataviados con lujo.

Hablado.

HILBERTA. Ved la hilera de hermosas naves que acaban de llegar. Pronto las aprisionarán los hielos; pronto el sol se ocultará para no salir en muchos días... ¡Mirad! Ya se acerca la primera

cuerda de cautivos... ¿Cuántos vendrán? Muchos. ¡Deben ser muchos! La victoria de nuestros guerreros ha sido grande. (Separándose del ventanal y llamando.) ¡Arnoldo, Arnoldo! Ven, que ya llegan. (Salen Arnoldo y los nobles primera izquierda.)

ARNOLDO. ¿Quiénes?

HILBERTA. Los esclavos.

ARNOLDO. ¡Ah! los esclavos no me importan. El botín, el botín es lo que quiero tocar con mis manos.

HILBERTA. Yo también. Harta estoy de hollar con mis pies y de tender sobre mi lecho las mismas pieles de osos, de lobos y de focas. Sueño con esas otras, finas y suaves, de los animales del Mediodía, que pastan en praderas siempre verdes, acariciados por los rayos de fuego de un sol siempre brillante.

ARNOLDO. ¡Las pieles! Buenas son para hacer odres, y las odres para llenarlas de vino. ¡Así es como quiero yo que las traigan! Con mucho vino de Iberia la noche boreal parece un soplo.

ESCENA XXII

DICHOS. EGIL. Luego cautivos visigodos. FELICIANO y guerreros normandos.

EGIL. Salud, poderoso jefe de la más poderosa tribu de Jutlandia.

ARNOLDO. ¡Egil!

EGIL. El mismo soy.

HILB. El que fué prisionero de los cristianos.

EGIL. Y encerrado estuve en las cuevas de un castillo de la Galicia. Pero tus soldados volvieron al ataque, arrasaron la fortaleza, y aquí estoy. Traigo los cautivos que corresponden á los nobles de tu tribu para que los repartas según ley.

ARNOLDO. ¿Y pellejos de vino traéis muchos?

EGIL. Centenares. Y además incontables sacos lle-

nos de plata y oro, cotas y dagas, anillos y coronas... ¡Montones de acero y piedras deslumbrantes!

HILB. ¿Y pieles finas?

Hilberta.

EGIL. Las nuestras nada más. Y eso por favor de los dioses.

HILB. ¡Qué lástima!

ARNOLDO. Que entren los esclavos, y abrid un pellejo para celebrar vuestra venida.

EGIL. ¡Entrad! (Entran Feliciano y los cautivos visigodos, ya sin cadenas, entre soldados normandos, segundo izquierda.)

HILB. (Fijándose en Feliciano.) ¡Qué animal tan raro viene entre los prisioneros! (Los recién llegados forman en el fondo.)

FELIC. Parecemos la comparsa de los lisiaos.

HILB. ¡Y habla!

Arnoldo.

ARNOLDO. (Á los nobles.) Escoged vosotros. Ya he dicho que á mí eso no me importa.

HILB. (Á los nobles.) Esperad. (Á Arnoldo.) ¿Tienes derecho á elegir el primero?

ARNOLDO. Si; pero renuncio.

HILB. Pero yo, en tu nombre, lo ejerzo, Arnoldo. Aquél para mí.

ARNOLDO. ¿Cuál?

HILB. (Señalando á Feliciano.) Aquél.

FELIC. (Vaya, ya se encaprichó la señora. Está visto que tengo ángel)

ARNOLDO. ¿Oyes? ¡Adelántate!

FELIC. (Adelantándose efectivamente y fijándose en los cuatro nobles colocados en fila en primer término izquierda.) ¡Atiza! ¡Tute de reyes!

ARNOLDO. Mi mujer te escoge para sí.

FELIC. ¿Pero esta señora que me pretende es su mujer de usted?

ARNOLDO. Sí.

FELIC. ¿Y usté mismo me lo dice y se queda tan fresco?

ARNOLDO. Sí; yo te lo digo.

FELIC. (¡Qué poca vergüenza tienen los normandos!)

ARNOLDO. Adelanta y póstrate ante ella en señal de agradecimiento.

FELIC. ¿Que me postre? ¿Y qué es eso de postre?

ARNOLDO. ¡Que caigas de rodillas, perro!

FELIC. ¡Ah, ya! (Se coloca delante de Hilberta y pretende arrodillarse.)

HILB. (Impidiéndoselo.) No; alza. No quiero que te humilles, porque contigo me han traido la felicidad los dioses.

FELIC. Señora, tenga usté cuidao, que está el marido delante.

HILB. Tú no eres un animal como los otros; tú hablas como los hombres.

FELIC. (¡Arrea! Ahora me toma por un loro.)

HILB. Gracias á ti, ninguna esposa de ningún jefe de Escandinavia tendrá sobre su lecho un adorno tan primoroso como el mío.

FELIC. ¡Qué barbaridad! No diga usté eso, que me voy á poner colorao.

HILB. Egil, haz que le sacrifiquen en seguida. ¡Quiero tener su piel rara y preciosa para que me cubra los pies esta noche misma!

FELIC. ¡Ah, vamos! Este era el postre. ¡Pues menudo dulce de guindas! (Á Egil, que se acerca.) ¡Eh, no! ¡Que no quiero!

HILB. ¡Cómo! ¿Te resistes?

FELIC. ¿No me he de resistir? Úseme usté para lo

que quiera menos para edredón, porque no abrigo casi nada.

HILB. Basta. Cumplid mis órdenes. (Vuelve á acercarse Egil, y sale Osmunda con Agsberda y algunas mujeres normandas por la segunda izquierda.)

Damas normandas.

ESCENA XXIII

DICHOS. OSMUNDA. Mujeres normandas. AGSBERDA.

OSMUNDA. ¡Deteneos!
HILB. ¡Osmunda!
ARNOLDO. ¡También libre!
OSMUNDA. También. ¿Habéis hecho el reparto de esclavos?
ARNOLDO. No.
OSMUNDA. Pues oye, valeroso Arnoldo: por mí han vuel-

to vencedores tus barcos; yo entregué á tus guerreros el castillo en que hubieran perecido á filo de espada, y rescaté á los que gemían en poder de cristianos. ¿Es cierto, Egil?

EGIL. Cierto. Ella nos dió la victoria.

ARNOLDO. ¿Y vienes á pedir el premio de tu valentia?

OSMUNDA. A eso vengo. ¿Me concederás lo que pida?

ARNOLDO. Fuere lo que fuere.

OSMUNDA. Pues bien, quiero para mí este prisionero. (Por Feliciano.)

FELIC. ¡Otra! ¡Se disputan mi piel!

HILB. No puede ser. Le había escogido yo.

OSMUNDA. No importa. ¡Arnoldo! ¡La palabra de un jefe normando es sagrada!

ARNOLDO. Siempre. Tuyo es ese hombre, ó lo que sea.

HILB. ¿Para qué lo quieres?

FELIC. ¡Vaya una pregunta! ¡Para dejarme en carne viva!

OSMUNDA. Para hacerle mi esposo.

FELIC. Con un asombro agradable que por poco le tira de espaldas.) ¿Eh?

ARNOLDO. ¿Cuándo?

OSMUNDA. Ahora mismo.

FELIC. Poco á poco. Antes tendrá usté que pedírme relaciones.

OSMUNDA. Eres mi esclavo, y dispongo de ti como me plazca.

ARNOLDO. Egil, traed la copa de los esponsales. ¡Ah! y vino nuevo para mí. Quiero dar solemnidad á la ceremonia. (Vase Egil.)

FELIC. Bueno, entre el desuello y esta buena moza... ¡ni que fuá yo tonto!

OSMUNDA. Fué mi compañero de cautiverio; le conocí en el subterráneo del castillo y juré á los dioses unirme á él si nos daban el triunfo.

FELIC. (Así, como quien lava. Y como buena es buena.)

(Vuelve á salir Egil con dos copas, toscas y de formas distintas.)

EGIL. (Ofreciendo una de ellas á Arnoldo, que la coge.) Aquí está.

ARNOLDO. ¿Y el vino también?

EGIL. También.

ARNOLDO. (A Osmunda y Feliciano.) Acercaos los dos. (Se colocan uno á cada lado.) ¡Nobles escandinavos! Yo, en nombre de la tribu, bendigo á Osmunda de Erimberg y la entrego á este hombre por esposo. Sólo cuando esta copa, de que beberán ambos, salga del fondo del mar con el

Noble y paje normandos.

mismo líquido que contiene, podrán separarse sin merecer castigo de los dioses. Bebe, Osmunda. (La da de beber sin soltar la copa de la mano. Osmunda bebe.)

FELIC. ¿Está bueno?

ARNOLDO. Tú ahora. (Haciendo con Feliciano lo mismo que con Osmunda.)

FELIC. Sea lo que Dios quiera. (Echa un trago. Inmediatamente empieza á hacer contorsiones y gestos de exagerada repugnancia.) ¡Ay! ¡ay! ¡Que me muero! ¡Socorro!

ARNOLDO. ¿Qué dices?

FELIC. ¡Ay! Pero ¿qué demonios es esto?

ARNOLDO. Aceite de foca.

FELIC. ¡Aceite! ¡Puaf! ¡Ya lo decía yo! Pero ¿á quién se le ocurre casarse bebiendo aceite? ¡Puaf!

OSMUNDA. Cálmate, esposo mío.

FELIC. No puedo, corazón. ¡Que me den algo! ¡Que me ahogo! Señor escandinavo... ¡vino! ¡Un poco de vino!

EGIL. Toma. (Le ofrece la otra copa. Feliciano bebe con avidez y en seguida se calma.)

FELIC. ¡Ay!... ¡Que traigan más! Necesito un cántaro para quitarme el amargor de la boca. (Sigue bebiendo.)

ARNOLDO. Nobles normandos: la copa va á hundirse en el mar. (La arroja por el ventanal violentamente.) ¡El matrimonio es hecho!

Música.

CORO. Los dioses inmortales os colmen de ventura
y en paz eternamente viváis en el hogar,
El cielo á vuestros hijos dé fuerza y hermo-
[sura
y domen y castiguen los ímpetus del mar.

OSMUNDA. Cantad en su honor,
cantad y danzad.

CORO. Guerrreros de Isberg,
cantad y danzad.

(Los guerreros formados en el fondo se adelantan, con Agsberda al frente, hacia Feliciano, que sigue bebiendo vino en primer término izquierda, y le saludan alzando mazas y espadas.)

AGSB. Estos son los bravos
dueños de la tierra,
aves de rapiña,
rayos de la guerra.
Como lobos hambrientos que bajan
del áspero monte
feroces, bravíos,
como aludes que el bosque descuajan
y arrastran las peñas
y ciegan los ríos,
por donde triunfantes
los lleva el acaso,

con rastros de sangre
señalan su paso.
¡Sus! y á la batalla,
lobos de la sierra,
aves de rapiña,
rayos de la guerra.

(Empieza una danza guerrera y semisalvaje que el señor Feliciano contempla echando tragos. Durante la danza sigue cantando Agsberda.)

Agsberda.

Vedlos cómo avanzan en la noche oscura,
ved cómo se enciende la embreada tea
que de llamas rojas siembra la llanura
y con ellas prende la feroz pelea.
Rápidos atacan,
hienden y martillan,
tunden y machacan,
queman y acuchillan.

¡Sus! que tienen todos
ansia de botín.
¡Sus! que en el combate
vencerán al fin.
¡Llegad, corred!
¡luchad, venced!

(Cesa la danza. Agsberda y los guerreros vuelven á sus puestos.)

CORO. Retirémonos todos
después de saludarle.

FELIC. Mis nuevos hermanitos
son unos animales.

(Saludando al señor Feliciano, que continúa impávido en su sitio, desfilan por este órden: Egil y Agsberda, guerreros normandos, prisioneros godos, Hilberta, damas y nobles normandos, y por último Arnoldo llevando de la mano á Osmunda. La comitiva va desapareciendo por la segunda izquierda.)

AGSB. El sol va á ocultarse detrás de los hielos,
ya tiende su manto la noche polar.
Cuando abra la niebla la luz de los cielos,
felices y unidos os ha de encontrar.

FELIC. Por si el matrimonio
no resulta guasa,
Tribulete cuatro
tién ustés su casa. (Continúa el desfile.)

CORO. El sol va á ocultarse detrás de los hielos,
ya tiende su manto la noche polar.
Cuando abra la niebla la luz de los cielos,
felices y unidos os ha de encontrar.

(En este momento llegan donde está Feliciano Osmunda y Arnoldo.)

FELIC. (Queriendo unirse á ellos.)
¡Olé las esposas!

OSMUNDA. Tú quédate aquí.
Cuando yo te llame,
te acercas á mí.

CORO. Los dioses inmortales os colmen de ventura
y en paz eternamente viváis en el hogar.
El cielo á vuestros hijos dé gracia y hermo-
[sura
y domen y castiguen los ímpetus del mar.

(Desaparece el coro. Arnoldo, al llegar á la puertecita del fondo, deja en ella á Osmunda y vase también.)

FELIC. (Contemplando á Osmunda.)
¡Buena chica te llevas,
picaronazo!
Anda, no seas borrico,
dala un abrazo.

Doncellas normandas.

OSMUNDA. ¡A mi lado ven,
porque tuya soy! (Vase.)

FELIC. No lo digas más,
¡en seguida voy!

OSMUNDA. (Dentro.) A mi lado ven,
porque tuya soy...

(Tira la copa y vase corriendo por la puertecilla del fondo, que se cierra tras él. Se hace el oscuro en el escenario y en la sala se oye la voz de Feliciano que sigue gritando:) ¡Osmunda! ¡Egil! ¡Luz! ¡Que no veo!... ¡Allá voy!

Mutación.

CUADRO OCTAVO

La misma decoración del primero y tercero. Es de día.

ESCENA XXIV

FELICIANO. En seguida PINILLA.

(Sale el zapatero dando trompicones por la poterna del cuadro, que inmediatamente vuelve á quedar como estaba. Continúa la música muy piano hasta el final.)

FELIC. ¡Allá voy, allá voy!... ¡Mecachis! ¿Qué es esto?

PINILLA (Saliendo primera izquierda.) ¡Cómo! ¿la puerta abierta? ¡Señor Feliciano! ¿Qué hace usté aquí?

FELIC. Pues ahí verá usté. ¡Pasando la noche de boda!

PINILLA. ¡Hombre! ¿á las diez de la mañana?

FELIC. ¡Ah! ¿pero son las diez? Dispense usté. ¡estoy como atontao! Pero... oiga usté una cosa, señor Pinilla.

PINILLA. ¿Qué?

FELIC. ¿Se acuerda usté de lo que dijo ayer que veía en ese cuadro?

PINILLA. ¡Ah, sí!

FELIC. Pues hay más cosas de las que usté se figuraba. ¡Pero muchísimas más cosas!

PINILLA. ¡Hombre!

FELIC. Y todas superiores.

PINILLA. ¡Usté está bebido!

FELIC. ¿Yo?
¡Pregunte usté á los señores
si les han gustado ó no!

(Fuerte en la orquesta.)

TELON

ADVERTENCIAS IMPORTANTES

En las compañías que no dispongan de suficiente personal puede suprimirse el papel de **Agsberda**, *cantando su parte la tiple encargada del de* **Osmunda**.

Asimismo los papeles de **Manolito** *y* **Ervigio** *pueden ser representados por la misma persona, y de igual manera los de* **Josefina** *é* **Hilberta**, **Luis** *y* **Un juglar**, **El señor Lucas** *y* **Arnoldo**, **Un comisario** *y* **Ramiro**, **Un guardia** *y* **Un arquero**. *Pero todo esto solamente en caso de absoluta necesidad; á ser posible, conviene mucho que todos los personajes sean interpretados por actores distintos.*

No se necesita encarecer la propiedad en el decorado y los trajes. De ella depende casi exclusivamente el efecto cómico. Sobre todo la ropa del **Juglar**, *de* **Egil**, *de* **Osmunda**, **Arnoldo**, **Hilberta** *y los guerreros y damas normandos ha de cuidarse con mayor esmero por lo mismo que es menos usual. Nada de vestimentas absurdas de salvajes más ó menos indios. Los cuatro nobles que acompañan á Arnoldo llevarán túnicas con manto y casco con corona, que les dé algún parecido con los reyes de la baraja, pero sin tocar en el ridículo ni por casualidad.*

OBRAS DE SINESIO DELGADO

Las modistillas, sainete en un acto y en verso.

El Grillo, periódico semanal, idem id. id.

La gente menuda, idem id. id.

El baile de máscaras, idem id. id.

Somatén, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.

La señá Condesa, juguete cómico en un acto y en verso.

La puerta del infierno, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Jiménez.

La moral casera, comedia en dos actos y en verso.

La lavandera, sainete en un acto y en verso.

Lucifer, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.

La obra, juguete cómico en un acto y en verso.

El gran mundo, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.

Paca la pantalonera, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Brull.

La revista nueva ó la tienda de comestibles, sátira en un acto en prosa y verso, música de los maestros Chueca y Valverde.

La clase baja, revista en un acto y en verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Brull.

Sociedad secreta, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con don Carlos Arniches, D. Celso Lucio y D. Fernando Manzano, música del maestro Brull.

La baraja francesa, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.

La república de Chamba, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Jiménez.

Los pájaros fritos, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.

La casa encantada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.

El toque de rancho, zarzuela en un acto y en verso, música de los maestros Marqués y Estellés.

El ordinario de Villamojada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Valverde, hijo.

El murciélago alevoso, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Luis Ansorena, música del maestro Estellés.

El ama de llaves, juguete cómico en un acto y en verso.

La procesión cívica, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Marqués.

El aquelarre, zarzuela de espectáculo en un acto en prosa y verso, música del maestro Marqués.

La reina de la fiesta, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Torregrosa.

Los inocentes, revista en un acto en prosa y verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Estellés.

La madre abadesa, boceto lírico en un acto en prosa y verso, música de los maestros Brull y Torregrosa.

La zarzuela nueva, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

La vacante de Cañete, sainete en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor.

Los altos hornos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Lope.

El beso de la duquesa, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

Los mineros, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

La espuma, comedia en un acto y en prosa.

El galope de los siglos, humorada satírico-fantástica en un acto en prosa y verso, música del maestro Chapí.

Ligerita de cascos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Torregrosa.

Lucha de clases, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquín Abati, música del maestro Montero.

Mangas verdes, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Montesinos.

El siglo XIX, revista lírica en un acto en prosa y verso, en colaboración con D. José López Silva y D. Carlos Arniches, música del maestro Montesinos.

Jaque á la Reina, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Montero.

Don César de Bazán, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Montero.

Tierra por medio, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquín Abati, música del maestro Chapí.

¡Quo vadis!, zarzuela de magia disparatada en un acto en verso y prosa, música del maestro Chapí.

Las caramellas, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Morera.

¡Plus ultra! (segunda parte de la zarzuela de magia disparatada *¿Quo Vadis?*), en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

La leyenda dorada, revista fantástica en un acto en prosa y verso, música del maestro Chapí.

Su Alteza Imperial, zarzuela en tres actos en verso y prosa, música de los maestros Vives y Morera.

El rey mago, cuento para niños en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

La obra de la temporada, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Valverde, hijo.

El placer de los dioses, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Perez Soriano.

El paraíso de los niños, zarzuela fantástica infantil, en un acto, prosa y verso, en colaboración con D. Carlos Arniches, música del maestro Valverde hijo.

La tribu malaya, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Vives.

La infanta de los bucles de oro, cuento infantil, en cuatro cuadros y en verso, música del maestro Serrano.

Los Bárbaros del Norte, zarzuela fantástica en ocho cuadros, en verso y prosa, música de los maestros Chapí y Valverde.